

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL MERCADO LIBRE*

SYDNEY D'AGVILO

“La vida tiene muchas dimensiones y los políticos las han dominado todas indebidamente. Si alguien de otro planeta abriese un periódico, no entendería qué clase de personas habitan la Tierra. ¿Acaso sólo hay políticos, asesinos, suicidas, violadores, criminales?... porque los periódicos están repletos de ese tipo de personas, y coronándolos están los políticos. Los periódicos deberían estar llenos de creatividad, de positividad. El 90% de un periódico se debería dedicar a los músicos, los poetas, escultores, bailarines y filósofos, y el 10% restante a los políticos y asuntos negativos.”

OSHO
Cambio

Los medios de comunicación son la cuarta y última pata, aunque no menos importante, del lecho de Procusto del estado sobre el que unos sádicos ingenieros sociales torturan despiadadamente a la especie humana. Pero el dios anarcocapitalista Teseo está presto a llegar para liberar a la humanidad de su “benefactor” verdugo y para aplicarle su misma medicina “por su propio bien”: acostar al estado sobre el lecho y serrar sus miembros y su cabeza si sobresalen del camastro o tirar de los mismos para alargarlos hasta descoyuntarlos si son demasiado cortos.

A los medios de comunicación se les ha llamado el cuarto poder, pero en realidad son el primero porque difícilmente podría existir un estado organizado sin unos medios estatistas que ocultaran sus vergüenzas y cretinizaran a las masas manipulando diariamente la opinión pública a su favor.

* Publicado en *La Teoría Interválica en Economía: El mercado libre. Tratado de Economía Interválica*, Vol. III La sociedad libre, Capítulo 68, Ed. Intervalic Press, 2019.

Lo primero que hay que denunciar a los cuatro vientos es la colosal mentira, lanzada de mala fe por los gobiernos, acerca de que el espectro electromagnético sea o posea una limitación física al número de canales de televisión y de radio que se pueden asignar. Las ondas de radio comprenden *grosso modo* el rango de frecuencias desde 10^5 a 10^8 Hz, las microondas abarcan de 10^8 a 10^{12} Hz, la radiación infrarroja se extiende desde los 10^{12} hasta los 10^{14} Hz, la luz visible está entre los 10^{14} y 10^{15} Hz (en concreto, de $4 \cdot 10^{14}$ a $8 \cdot 10^{14}$ Hz), y la radiación ultravioleta abarca desde los 10^{15} a los 10^{19} Hz aproximadamente.

Pues bien, la telefonía móvil y la televisión utilizan las frecuencias de las microondas comprendidas entre los 10^8 a 10^9 Hz, y entre los 10^9 y los 10^{12} Hz hay todo un hueco gigantesco de frecuencias sin usar que en los libros de texto aparece con el lacónico nombre de ondas de *radar*, un eufemismo para decir que esta suculenta parte del espectro electromagnético se la han reservado los mafiæstados para usos militares y de espionaje absolutamente inconfesables:

- 10^5 Hz ondas de radio
- 10^6 Hz ondas de radio
- 10^7 Hz ondas de radio
- 10^8 Hz microondas (televisión y telefonía móvil)
- 10^9 Hz microondas (reservado para usos militares secretos)
- 10^{10} Hz microondas (reservado para usos militares secretos)
- 10^{11} Hz microondas (reservado para usos militares secretos)
- 10^{12} Hz radiación infrarroja
- 10^{13} Hz radiación infrarroja
- 10^{14} Hz rayos infrarrojos, luz visible, rayos ultravioleta
- 10^{15} Hz radiación ultravioleta
- 10^{16} Hz radiación ultravioleta
- 10^{17} Hz radiación ultravioleta
- 10^{18} Hz radiación ultravioleta

La cantidad de energía e información que pueden portar estas ondas es entre decenas y miles de veces superior a las de las ondas de televisión, por lo que estamos hablando de un pool de ondas —de mucha más calidad— que puede multiplicar por un factor de

millones de veces a la suma de toda la información que actualmente utilizan todas las televisiones y teléfonos móviles del planeta.

“El profesor Coase ha demostrado que en la década de 1920 el estado se apropió [indebidamente] del dominio de las ondas aéreas no tanto para aliviar el “caos” existente, [que no había ninguno], sino para impedir la adquisición de derechos de propiedad sobre ellas, que los tribunales ya estaban en proceso de establecer de acuerdo con los principios de la common law. Ronald H. Coase, “The Federal Communications Commission”, *The Journal of Law and Economics*, octubre de 1959, pp. 5, 30-32.” (Murray N. Rothbard, *El hombre, la economía y el estado*).

La simple verdad es que hay espacio más que suficiente en el espectro electromagnético para acoger miles de millones de canales de televisión, y esto enviando la señal televisiva a través del aire. Si se utiliza la televisión por cable, entonces la fibra óptica permitiría la existencia de literalmente billones de canales de televisión. Y si, además de esto, se codifica la señal, como hacen las empresas de telefonía móvil, entonces una sola frecuencia puede portar millones de canales. Es decir, en el peor de los casos, cada habitante del planeta puede tener en propiedad, sin ningún falso problema de solapamiento de frecuencias, no ya un canal de televisión, sino cientos. Y la tecnología necesaria para ello hace tiempo que está disponible, pero no se utiliza porque los estados mendaces no quieren perder el monopolio de los medios de comunicación, para que la humanidad no descubra el engaño colosal a que está siendo sometida, lo que sin duda descubriría en cuanto hubiera una multiplicidad de medios de información que difundieran la teoría económica de la Escuela Hispano-Austriaca y demás.

“Si contrastamos la idea de la sociedad en el siglo XVIII con la de la nueva sociedad de masas, veremos que en la primera hay tanta gente expresando opiniones como recibíéndolas, que existe la posibilidad de replicar y que las opiniones surgidas de la discusión cara a cara en pequeños grupos son capaces de conducir a la acción incluso contra la autoridad. [...] Por el contrario, en la sociedad de masas los que reciben opiniones son muchos más que los que en realidad pueden expresarlas, pues el público se ha convertido en

un conglomerado de individuos que tienen que aceptar sus creencias e ideas a través de los nuevos medios de comunicación de masas. Las comunicaciones son de tal naturaleza que hacen casi imposible la réplica eficaz y, consecuentemente, disminuye la esperanza de que la opinión se pueda traducir en acción, pues todos los canales de la acción están controlados por las autoridades.” (J.A.C. Brown, *Técnicas de persuasión*).

Y a esta repugnante dictadura mediática la llaman democracia o estado de bienestar. Todo esto es impensable en la sociedad libre, donde los medios de comunicación de masas no existirían, al igual que ningún otro monopolio estatal u oligopolio de empresas estatistas sostenidas y privilegiadas por el gobierno. En un mundo estatizado o esclavizado quienes expresan opiniones son únicamente los miembros de la élite política y el grupito de propagandistas asimilados a las clases dirigentes; a los esclavos o contribuyentes les está permitido escuchar opiniones pero no difundirlas a las masas. La proporción social de opinadores por oyentes es, por poner una cifra redonda, de uno a un millón, 1:1.000.000. En el mundo libre todo ciudadano es, o puede ser si lo desea, tanto opinador como oyente, y la proporción social de opinadores por oyentes es de uno a uno, 1:1, o sea, todos opinan y todos escuchan. Lo contrario sería simplemente inconcebible en el mercado libre de comunicaciones, donde el espectro electromagnético posee tal cantidad de frecuencias que, lejos de ser un bien escaso, su abundancia ilimitada lo convierte en un bien libre.

La asignación de las frecuencias del espectro electromagnético se guiaría por el antiguo principio de la *apropiación originaria*, figura típica del Derecho Natural, que establecería que la primera persona que utilizara una determinada frecuencia electromagnética tendría automáticamente la propiedad de uso de la misma (recalco “de uso” porque el espectro electromagnético no es un objeto sino una característica física de la Naturaleza). Si una persona eligiera una frecuencia que ya hubiera sido cogida por otro antes, tendría que cambiar de frecuencia y elegir otra libre, en lo cual no tendría ningún problema porque, a diferencia de lo que nos quieren hacer creer capciosamente los gobiernos, el espectro electromagnético es un medio que la Naturaleza prodiga en tal abundancia que, a pesar

de no ser infinito, en la práctica es ilimitado y no se puede considerar como un bien escaso, sino como un bien libre. La razón para conservar una frecuencia de emisión determinada, en lugar de otra, no es la escasez, sino que los espectadores de ese canal ya lo han sintonizado en sus receptores, y si cambiara de frecuencia, tendrían que volver a sintonizarlo. Aunque cabe esperar que en el mercado libre las empresas que suministraran este servicio no tendrían ningún problema en asignar automáticamente la sintonización de los canales no por su frecuencia sino por el número del cliente o por el nombre comercial del canal, por lo que ni siquiera el cambio de la frecuencia sería un problema.

Por tanto, el panorama de los medios de comunicación en el mercado libre no se parecería en nada al que sufrimos bajo un mercado agredido, donde los medios de comunicación no actúan como tales sino como agentes de desinformación y manipulación al servicio del estado organizado. Y no puede ser de otro modo porque no poseen la propiedad de uso de la frecuencia electromagnética en la que emite su canal, sino tan sólo una licencia o concesión arbitraria del gobierno de turno, que puede cancelarla en cualquier momento a su antojo, cosa que haría por supuesto “por el interés general” o paparruchas semejantes. Luego es evidente que el gobierno posee el control absoluto de todos los medios de comunicación, y que la propiedad nominalmente privada de los mismos es una burda artimaña para ocultar el control gubernamental de los mismos. Esta situación es idéntica a la que se dio en el nazismo y en los regímenes totalitarios, donde se conserva nominalmente la propiedad privada para disimular el férreo control político que se ejerce sobre los medios de producción. Luego, en nada se diferencian las democracias liberales de los totalitarismos, salvo en la mayor hipocresía de las primeras, que pretenden negar y camuflar su carácter totalitario, pues:

“Obviamente si un estado totalitario tuviese un control tan absoluto sobre los medios de comunicación de tal modo que fuese la clase dirigente la que decidiese mediante censura lo que puede escuchar el ciudadano normal y lo que no puede escuchar, su poder para influir en los pensamientos y en las acciones parecería casi total.” (J.A.C. Brown, *Técnicas de persuasión*).

Lo único que no sabemos es si los propietarios de los medios de comunicación bajo el nazismo y bajo la democracia han asumido el estatismo voluntariamente o bajo coacción. Pero puesto que nada les obliga a emitir propaganda estatista a diario y a hacer una grotesca apología del estatismo que sobrepasa lo nauseabundo, parece que si no profesan la ideología estatista no están nada incómodos en su dudoso papel de defensores a ultranza del sistema estatista-esclavista. Además, si tuvieran un resquicio de ética, no realizarían la manipulación de una forma tan aviesa y artera, es decir, de modo subliminal, que consiste en que cuando el presentador de un informativo da las noticias habla en todo momento dando *implícitamente* por sentado, con sus gestos, con su mirada, con su entonación y con su tono y modo de hablar, que el estatismo es el credo absoluto de la humanidad y que el régimen estatal es —cuya existencia ni se plantea— es la organización social inamovible e imprescindible para la supervivencia de la raza humana.

Quienes hayan vivido bajo una dictadura se acordarán perfectamente de cómo los periódicos y las televisiones introducían entre líneas, hábilmente, sin decirlo, una crítica mordaz al régimen, sin que éste pudiera acusarles de nada. Por consiguiente, es evidente que, si quisieran, los medios de comunicación actuales también podrían actuar así. El hecho de que no lo hagan nos demuestra, de forma bastante fehaciente, que nadie se equivocaría mucho si los considerara chusma estatoide y que están tácitamente conchabados con el estado organizado para seguir manteniendo a plomo el sistema estatista-esclavista, dentro del cual, como integrantes de la casta dominante, viven encantados, al igual que la casta dirigente de las dictaduras comunistas o de cualquier otro régimen totalitario. Así pues, debemos felicitarles efusivamente por la gran e impagable labor en contra de la libertad y de la verdad que están llevando a cabo desde su fundación.

La hipocresía y la falsedad de los gobiernos democráticos en todos los temas en general, y en este en particular, es de tal calibre, que no hay rigor en el lenguaje para describir tanta mendacidad, tanta inmundicia, tanta impostura.

Otra conducta típica de estos conniventes medios estatofílicos es la presentación de todo tipo de sucesos violentos, que en buena lógica no deberían emitirse porque no son noticia salvo en su

pueblo, de modo que se genere en el espectador un sentimiento de inseguridad y, simultáneamente, se deja entrever que esto no habría pasado si hubiera más policía y más control del gobierno. De este modo se anima y enardece a los espectadores para que deseen todavía más control e intervención por parte del estado invasivo y para acallar las voces contrarias a un nuevo recorte de las libertades, deliberadamente provocado por los gobiernos y contando con la inestimable ayuda de los medios estatistas. Este es el mecanismo *par excellence* del estatismo para apretar aún más los tornillos de la cárcel invisible, explicado minuciosamente por David Icke en sus diversos libros, y que consiste en tres pasos:

- 1) crear un problema deliberadamente,
- 2) los medios de comunicación manipulan al público inflando sus sentimientos para que la gente reaccione pidiendo una solución al problema, y
- 3) aplicar la solución liberticida, la cual hubiera generado rechazo y no hubiera sido aceptada por el público *antes* de la creación del problema, pero sí ahora, en caliente.

Y con esto baste lo dicho sobre la infamante y bochornosa difusión *directa* de propaganda estatista que realizan a diario los llamados medios de comunicación.

No contentos con apoyar a muerte al régimen estatal en sus programas “informativos” y de “opinión”, términos que traducidos desde el omnipresente doble-lenguaje a la lengua verdadera significan de *desinformación* y de *manipulación*, los medios de comunicación estatistas contribuyen sustancialmente a infantilizar y cretinizar a las masas para que no desarrollen el sentido de la libertad y de la responsabilidad, que van indisolublemente unidas, siendo en realidad las dos caras de una misma moneda, como advirtió Osho:

“Nadie quiere responsabilidades, pero en el momento en que pierdes tu responsabilidad —piensas que es una carga y otro la acepta— también pierdes tu individualidad, también pierdes tu libertad. La responsabilidad no es distinta de la libertad, de la individualidad. En cuanto descargas tu responsabilidad sobre

otro, se disuelve tu identidad. Por supuesto, nadie te echará la culpa si algo se tuerce, pero habrás perdido tu alma.” (Osho, *El libro del cambio*).

Esto lo perpetran los medios estatistas diariamente mediante sus tertulias de marujas y programas de cotilleo, se llamen como se quieran llamar, que es la negación de toda ética, donde se exalta la estética de lo cutre, la narrativa de lo mediocre, la procacidad de la respuesta, la mofa de la prudencia, la condena de la excelencia, el vituperio de lo sensato, la predilección por la grosería, la devoción por lo guarro, la idolatría hacia la autoridad y las fuerzas de seguridad, la crítica disléxica basada en prejuicios y, en definitiva, el comentario hiriente y malintencionado en todas sus degeneraciones teratogénicas. La depresión generalizada de todas las facultades psíquicas y el rebajamiento que sobre el nivel de consciencia e inteligencia infligen los medios de desinformación y manipulación a la ciudadanía mediante este tipo de programas es mucho más serio y grave de lo que la gente cree.

En cuanto a la justificación de mal pagador que suelen hacer los directivos de los medios de comunicación estatistas cuando se les reprocha y afea su conducta por emitir televisión-basura que nadie desea, hay que decir que es difícil ver nada más ridículo que un estatista de pro intentando defenderse como un jabato mareado con las leyes del mercado libre. Los “índices de audiencia” es el mantra que estos indocumentados catalácticos esgrimen siempre para justificar sus fechorías. Jamás dicen algo parecido a, por ejemplo: “estos programas son un ejemplo de calidad y de profesionalidad, y rinden un tributo a la verdad y a la ética del que esta cadena se siente orgullosa, especialmente en medio del contexto actual dominado por la verdad oficial del estado y el uso del lenguaje políticamente correcto”. No. Resulta, ¡quién lo hubiera dicho!, que ellos emiten telebasura muy a su pesar y sólo porque el público así lo pide. Es evidente que esto es una mentira malintencionada porque los índices de audiencia no tienen posibilidad de compararse con otro tipo de programación. Si la televisión no emitiera telebasura sino programas de información de verdad, el número de espectadores totales de la televisión aumentaría, y no al revés, porque es una ley cataláctica que el consumidor prefiere, en igualdad de circunstancias, un producto

bueno y de calidad a un producto malo y sin calidad. Y que la *telebasura* es un producto sin calidad es algo que está reflejado en el propio vocablo y que reconocen hasta los mismos directivos. Luego, pretenden hacernos comulgar con ruedas de molino cuando afirman que el público demanda telebasura y que por eso la emiten, aunque a ellos personalmente no les guste.

Lo que sucede es que cuando se ha rebajado la consciencia y cretinizado hasta tal extremo las facultades psíquicas y el nivel de inteligencia de las masas mediante los programas basura, invertir la situación no es algo que se pueda hacer de un día para otro. Todo forma parte de un conglomerado masivo de medios de comunicación e instituciones políticas trabajando coordinadamente para conseguir que el público no discuta y acepte el dominio y el control del estado organizado sobre la humanidad, operación que se define mediante un vocablo: *conspiración*, tal como ha denunciado Jeffrey Tucker:

“Alguien me preguntó el otro día si creía en las conspiraciones. Bueno, ¡seguro! Aquí hay una: se llama “el sistema político”. No es otra cosa que una gigantesca conspiración para robar, engañar y subyugar a la población.” (Jeffrey Tucker, *Una bella anarquía*).

Imaginemos por un momento que las televisiones, en lugar de llevar medio siglo transmitiendo partidos de fútbol, hubieran dedicado desde entonces ese mismo celo *¡y pagado ese misma ingente cantidad de dinero!* para difundir el arte de la música, del baile o de la pintura, presentando a los espectadores cómo viven los millonarios artistas —músicos, bailarines o pintores— en sus lujosas mansiones, cómo crean sus obras de arte en sus amplios y fastuosos estudios, cómo buscan la inspiración con su vida bohemia y libertina, la inmensa felicidad y satisfacción que provocan sus obras de arte en la gente extasiada, el frenesí y el delirio cercano al éxtasis místico y sexual con que se acogen los estrenos de sus primicias en los legendarios teatros de las ciudades por toda Europa, *et caetera, et caetera*. ¿Acaso dudamos que hoy en día Europa sería un paraíso de las artes y que nadie pagaría un centavo por ver cómo una banda de trogloditas en calzoncillos sudorosos corren como gorriños atemorizados tras un cuero esférico inflado? Sin comentarios.

Es inútil decir que en el mercado libre no hay asignación estatal de frecuencias ni de licencias para emitir porque el espectro electromagnético no es, ni afortunadamente puede ser nunca, propiedad del mafiæstado ni de nadie. El hecho de que el gobierno prohíba bajo coacción y por la fuerza bruta utilizar un recurso natural y gratuito que, además, es prácticamente ilimitado, significa una censura criminal de una mendacidad tan desmedida que resulta difícil de concebir en el contexto de la sociedad libre, ni aun en la peor de las pesadillas.

Dicho y entendido esto, si alguien todavía cree que los estados organizados son unas entidades benéficas que velan por el bien de la humanidad, en lugar de unas vastas organizaciones criminales que sólo se diferencian de las de la mafia por su mucho mayor tamaño, perversidad, brutalidad y mendacidad, es que es un ingenuo absoluto o no ha comprendido nada de lo que sucede en la Tierra. Porque ¿qué otro motivo hay, si no es el de mantener este infausto sistema esclavista de control y dominación de la humanidad, llamado *estado*, para que los gobiernos prohíban utilizar estos millones de frecuencias y hasta nieguen su existencia?

Un estudio más detallado de este timo colosal, perpetrado por el estado censor contra la libertad de expresión mediante el más inicuo y descabellado de los expedientes, esto es, apropiarse del espectro electromagnético, un bien absolutamente libre e inagotable, que prohíbe utilizar bajo coacciones y amenazas a todos los ciudadanos, lo puede encontrar el lector interesado en el 8º volumen de mi trabajo *El modus operandi del estado organizado: Las fases del circuito sin fin de la agresión estatal*.